

## CAPITULO XXVII.

Condes de Barcelona.—Sunario ó Sunyer.—Borrell II y Miron.—Alhakem II en Córdoba.—Sus excelentes cualidades.—Guerra Santa.—Triunfos de Alhakem sobre castellanos, catalanes y navarros.—Paz general.—Sancho el Craso en Leon.—El obispo Sisnando.—Muerte de Sancho.—Invasión y derrota de los normandos.—Muertes de Fernan Gonzalez en Castilla y de Garcia el Temblon en Navarra.

Como quiera que en los sucesos que vamos á relatar intervinieron de una manera mas ó menos directa los condes de Barcelona, á quienes hemos tenido como olvidados, durante todo el largo reinado de Abderrahman III, preciso es reparar este olvido y dar cuenta á nuestros lectores de los sucesos que en una parte tan importante de nuestra Peninsula como la hoy llamada Cataluña habian ocurrido, desde 912, en que dejamos gobernando en ella á Sumario ó Sunyer, hermano de Borrell I, elevado á la dignidad conde en virtud de la ley sálica que impidió á Rikildis como mujer, suceder á su padre, hasta 961 época de la muerte de aquel Califa.

A semejanza de sus antecesores y de los monarcas leoneses y navarros, empleó Sunario gran parte de su tiempo en guerrear con los árabes de sus fronteras siéndole la suerte ya favorable, ya adversa; pero sin que tengamos que anotar durante su reinado ni victorias notables ni memorables derrotas. En uno de los combates que sostuvo, recibió la muerte su hijo mayor Ermengardo, que otros denominan Armengol, pérdida que le sumergió en el mas acerbo dolor é hizo que fuera poco á poco dejándose de los negocios y encomendándose á su segundogénito Borrell, en quien finalmente vino á renunciar el poder, retirándose á uno de los muchos monasterios que en los períodos de paz habia dotado y hecho edificar ó restaurar á sus expensas. Falleció el 15 de octubre de 953.

Dos años mas, hasta 956 gobernó solo Borrell II; pero despues compartió el poder con su hermano Miron; ignoramos por qué causa aunque tal vez, pudo ser por disponerlo así Sunario en su testamento. Nada ofrece de notable el reinado de ambos hermanos hasta el año 961, en que entró á reinar Alhakem II, y en que terminamos esta reseña porque los hechos subsiguientes se enlazan con los realizados por este y su sucesor.

«Aquel Abderrahman que decía no haber gustado en los cincuenta años de su reinado sino catorce dias de felicidad, pudo haber contado por el décimoquinto el dia de su muerte, pues felicidad es para un monarca en los últimos momentos de su vida, «saber que va á sucederle un hijo que perpetuará la gloria de su nombre.» Tales son las palabras con que empieza el historiador Lafuente el capítulo de su excelente obra, destinado á narrar los hechos de Alhakem II, y por aquellos puede conocerse desde luego lo que fueron estos.

Si glorioso, brillante y magnífico fue el imperio de Abderrahman III, mas magnífico, brillante y glorioso si cabe fue el de su hijo Alhakem educado con sumo esmero, dotado de una inteligencia clara y gran afición al estudio, dejó con pesar el cuidado de la Biblioteca fundada por su padre, para subir á ocupar el lugar de este, y creemos ocioso consignar si protegeria las letras, un soberano que tan íntimamente las conocia, que poseia diferentes ciencias y habia escrito siendo solo príncipe, una obra acerca de las genealogías de los árabes de todas las tribus que habian venido á la Peninsula.

Inmediatamente de su elevación al trono, nombró Alhakem su *hadib* á Ghiafar el Sekleby, persona poderosa, instruida y valiente por igual, que el dia de su nombramiento le hizo un magnífico y costosísimo regalo.

Los dos primeros años de su reinado transcurrieron dedicados por completo al interior gobierno, atrayendo con dádivas y promesas á los sábios y hombres eminentes de España y Asia, y aumentando la Biblioteca colocada en el palacio Meruan, con cuantas obras notables se publicaban ó habian publicado, de modo que llegó á reunir hasta *cuatrocientos mil* volúmenes. Es probable que semejante estado hubiera proseguido indefinidamente, si el conde de Castilla Fernan Gonzalez no hubiera molestado tanto con sus atrevidas excursiones á los árabes fronterizos, que el Califa se vió obligado para ponerlas coto á publicar el *alqihed* (guerra santa) contra los castellanos, y trasladarse en persona á Toledo con objeto de poder mejor dirigir las operaciones.

Vino á favorecerle una circunstancia que si no fue decisiva, por lo menos contribuyó en gran manera al buen éxito que obtuvieron sus esfuerzos. Un conde de Castilla de los subordinados á Fernan Gonzalez, tuvo un choque con este, de resultas del cual, Vela, que así se llamaba, no vaciló en pasarse á los árabes é ir á ofrecer sus servicios al Califa.

Aceptólos como es de suponer, y una vez dispuesto el ejército musulman penetró en el territorio castellano acaudillado por Alhakem y guiado por Vela, llevándolo todo á sangre y fuego hasta San Estéban de Gormaz, á cuyo castillo puso cerco y habiendo acudido tropas cristianas en socorro de los de adentro, fueron derrotadas y diezmadas horriblemente.

A consecuencia de este desastre, los defensores de San Estéban no pudieron continuar la resistencia y el castillo fue tomado al asalto y degollada la guarnición. Prosiguieron los musulmanes su marcha triunfadora y ocuparon á *Setmanca* (Simancas) *Cauca* (Coca) *Uxama* (Osma) y *Clunia* (Coruña del Conde) llegando hasta *Zamora* que, no obstante su gran fortaleza no pudo tampoco resistirles, y entrando en ella por fuerza ejecutaron gran matanza no solo en la tropa si que en la población. Harto ya de triunfos

Alhakem mandó dar la vuelta á sus Estados y regresó á Córdoba donde fue triunfalmente recibido.

Ocuparon todos estos hechos el año 963 y llegada que fue la primavera del siguiente, puestas las sarracenas huestes en pié de combate y bajo la dirección de Galeb secretario del Califa, realizaron una segunda incursión en territorio castellano, afortunada tambien.

A consecuencia de tan continuados desastres, embajadores de Sancho el Craso, de Fernan Gonzalez y de los condes de Barcelona y otras ciudades de la Marca, fueron á Córdoba en demanda de una paz que Alhakem, no cegado por la vanidad y deseoso de poder por completo dedicarse á las tareas literarias, les concedió sin dificultad ninguna con condiciones honrosas para todos.

Poco despues de este suceso, tomó el Califa una providencia que prueba lo adulteradas que estaban las costumbres de los musulmanes españoles, y lo distantes que se hallaban de observar fielmente las prescripciones del Coran, cual fue la de hacer arrancar las dos terceras partes de las viñas de todo el imperio con objeto de cortar el abuso que del vino hacian sus súbditos, mal que pesara á Mahoma y sus terminantes prohibiciones.

No pasó mucho tiempo sin que recibiera una nueva embajada de Sancho el Craso que esta vez tenia un objeto muy distinto de la anterior; el Monarca leonés pretendia recobrar el cuerpo del mártir san Pelayo, que los devotos cristianos cordobeses habian sacado del Guadalquivir: no muy afortunado fue en sus primeras gestiones el obispo Velasco encargado de la comision; pero mas feliz despues, logró lo que deseaba, y los restos del Santo fueron trasladados con gran pompa á Leon y enterrados en un monasterio, fundación del rey, que tomó su nombre.

Entre tanto habian ocurrido novedades en Galicia. Algunos descontentos, instigados y sostenidos por el obispo de Compostela Sisnando, mas guerrero que sacerdote, y confiado en la fortaleza de su ciudad que él mismo con permiso del monarca y á pretexto de los temores de incursiones normandas habia fortificado, levantó banderas contra este y obligádole á marchar á sujetarles, de modo que al llegar á Leon el cuerpo del mártir se hallaba ya ausente y no pudo asistir á la ceremonia de su entierro.

El motivo que indujo á Sisnando á levantarse contra Sancho, fueron las amonestaciones de este por las quejas que continuamente llegaban á sus oídos de los abusos y tiranías que con sus feligreses cometia, bien obligádolos á trabajar en la fortificación de la ciudad, bien exigiéndoles grandes dispendios con el propio objeto; amonestaciones que completamente despreciadas y desoidas, obligaron á este á marchar con algunas tropas á Compostela.

No obstante sus alharacas y vanos alardes, y á pesar de los recien construidos muros de la ciudad, el obispo no se atrevió á pasar á vias de hecho; las reales huestes penetraron en ella y él fue depuesto y reemplazado por Rosendo que ocupaba igual cargo en Mondoñedo y era muy respetado por su saber y virtudes.

Con la sumision de Compostela, el enemigo mas poderoso que le quedaba á Sancho era sin duda ninguna el conde Gonzalo Sanchez, pues tenia bajo su potestad las ciudades de Viseo, Coimbra y Lamego; así es que inmediatamente marchó aquel á su encuentro; pero temeroso Gonzalo de una lucha con su soberano, imaginó un villano ardid, cual fue ofrecerle su sumision y pedirle una entrevista, en la que bajo pretexto de obsequiarle, preparó un banquete sirviéndole en él una fruta envenenada, con lo que á los tres dias falleció en Castrelo de Miño, al ser conducido á Leon.

Es de notar que en el mismo año 967 en que ocurrió este hecho, fue por primera vez proclamado sucesor un niño de cinco años, Ramiro, hijo de Sancho, y encargada su tutela y la regencia del Estado á su madre y á su tia Elvira, monja del monasterio de San Salvador.

Tambien por este mismo tiempo verificóse un hecho raro en Galicia. Reposaba en su dormitorio la noche del 24 de diciembre Rosendo, el obispo de Compostela, cuando sorprendióle un ruido que sintió cerca, creciendo su sorpresa al ver entrar armado de punta en blanco á su antecesor Sisnando y escuchar la intimación de devolverle su autoridad bajo pena de muerte. Obedeció á insinuación tan apremiante el virtuoso prelado, mas no sin hacer presente al usurpador que «el que maneja el hierro, por el hierro «debe perecer;» palabras proféticas que tuvieron exacto y pronto cumplimiento; pues habiendo en 968 realizado los normandos á las órdenes de Gunderedo una nueva invasión en las costas de Galicia, salió á combatirles el fogoso Sisnando y fue derrotado y muerto de un saetazo, con lo cual aquellos piratas prosiguieron sus pillajes y depredaciones hasta que al año siguiente Gonzalo Sanchez, el envenenador de Sancho, logró derrotarles, matar á un jefe y quemar gran parte de sus naves, huyendo en las restantes los que lograron salvarse.

Poco despues, en 970 y siguiendo todavía en menor edad Ramiro, fallecieron Garcia el Temblon en Navarra, dejando el trono á su hijo Sancho Garcia II, y Fernan Gonzalez en Castilla, legando igualmente el ya independiente condado, al que lo era suyo, nombrado Garci Fernandez.



ALHAKEM RODEADO DE LOS ESCRITORES DE SU TIEMPO.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

## CAPITULO XXVIII.

Independencia de Castilla.— Fabuloso origen que se le atribuye por los antiguos cronistas.— Hechos romancescos de Fernan Gonzalez.— Muerte de Alhakem II.

En el capítulo anterior hemos dejado á García Fernandez, hijo del famoso conde Fernan Gonzalez, en posesion del condado de Castilla independiente ya, merced á los esfuerzos perseverantes hechos por aquel, de los reyes de Leon.

¿Mas cómo se llevó á cabo esta independencia? ¿En qué época, en qué día se hizo la proclamacion de tan glorioso acontecimiento?

Hé aquí lo que nosotros no podemos indicar. Los historiadores de los pasados siglos, aceptando todas las consejas, todos los relatos de maravillosos hechos, con que siempre ha placido al vulgo revestir la memoria de sus héroes predilectos, dieron á la independencia de Castilla, un tan peregrino origen, que por lo muy admitida que era en aquellas épocas, por el carácter romancesco que tiene, no podemos menos de transcribirle.

Suponíase que el conde Fernan Gonzalez poseia un caballo y un azor ú halcon, de tal belleza el uno, y tan diestro el otro, que eran dos piezas que cautivaban la admiracion general, escitando poderosamente los deseos.

El rey D. Sancho de Leon, las vió, prendóse de ellas y manifestó al conde su deseo de poseerlas. Este ofrecióselas cortesmente en concepto de regalo, mas el Monarca leonés no quiso aceptarlas así y entonces se verificó la venta en una cantidad bastante crecida conviniéndose en que si el día designado no se satisfacía, por cada uno que pasara sin abonarse, se duplicaría la suma estipulada.

El rey de Leon llevóse el azor y el caballo, transcurrió el plazo, no se satisfizo la deuda y el conde de Castilla cansado ya y quejoso de su deudor exigióle resueltamente el precio de su venta. Entonces se vió que este, duplicado diariamente segun el contrato, se elevaba á una cifra tal, que no habia dinero en el tesoro para satisfacerlo.

En este caso, aviniéronse el conde y el rey, dando este á aquel en compensacion de la deuda, la independencia de Castilla, pudiendo desde aquel momento obrar cual soberano, sin rendir vasallage alguno á los reyes de Leon.

Creemos inútil añadir, que los historiadores posteriores á aquellos que tal hecho relatan en sus obras, no han admitido semejante version que la sana razon rechaza.

Por nuestra parte no podemos, no debemos tampoco sin dato cierto y seguro, que por desgracia no poseemos, señalar el día en que se verificó tan gloriosa independencia, pero si vemos que ella fue el único objeto á que caminaba Fernan Gonzalez, y que para conseguirla no vaciló en emplear toda clase de medios, entre ellos algunos dignos de vituperio.

Que la idea de emanciparse Castilla de la tutela de Leon estaba arraigada ya en el corazón de sus naturales, lo demuestra la rebelion de Nuño Fernandez, uno de los condes de este país, contra el rey Alfonso III su suegro, el castigo de los cuatro condes impuesto por Ordoño IV y la eleccion de Jueces ó magistrados propios.

Con este pueblo, con estas tendencias tan marcadas hacia la emancipacion ¿qué mucho que Fernan Gonzalez no concibiera desde sus primeros años semejante designio y caminase á su realizacion empleando toda clase de recursos?

A mediados del siglo X, cuando hemos visto al conde arrojar del trono de Leon al monarca Sancho para colocar en este puesto á Ordoño IV, esposo de su hija, cuando le vemos ya obrar por cuenta propia rompiendo toda consideracion, es cuando opinamos que debió verificarse aquel acontecimiento que venia preparándose desde mucho tiempo antes, que fue elaborándose poco á poco, y que demostró de una manera bien patente toda la astucia, toda la sagacidad y todo el valor y extraordinaria perseverancia del que le llevó á cabo.

Mas no se crea por esto que nos ciega la admiracion y el cariño con que podamos contemplar una de las mas grandes figuras de nuestra historia, hasta el punto de justificar por lo noble y elevado del fin los medios empleados para obtenerle.

Su proceder con los reyes de Leon que se sucedieron durante su vida y con el de Navarra, combatiendo hoy al que ayer trataba como amigo, y abandonando á este para aliarse con el contrario, si bien demuestran que el móvil que únicamente le guiaba era el de obtener para su pueblo las mayores ventajas á fin de poderle dar la independencia que apetecía, no arguye mucho en pro de la fe que pudiera darse á sus palabras.

«Creemos, como dice un historiador, que es menester vengan muy en su auxilio las necesidades ó las conveniencias de la política para «neutralizar los juicios que pudiera inspirar la moral severa.»

Los historiadores de quienes hemos hecho mencion en otro lugar, solo guardan elogios para su héroe, solo de nobles acciones le circundan, nosotros viendo al héroe siempre tambien, no dejamos por eso de señalar las flaquezas del hombre, mas ó menos disculpables, pero que siempre son flaquezas.

Del mismo modo que á la independencia de Castilla se le dió un origen tan romancesco tejióse toda la vida del conde Fernan Gonzalez de tales y tan maravillosos hechos que la buena critica rechaza por absurdos ó apasionados, y de los cuales no nos hacemos cargo tanto por lo limitado del espacio de que podemos disponer, cuanto porque segun nuestra opinion bastan los hechos reales para

engrandecer al que los llevó á cabo sin necesidad de achacarle otros, hijos tal vez de la admiracion exagerada de sus encomiadores.

De igual modo ha tratado de hacerse á Fernan Gonzalez descendiente de los jueces de Castilla, suponiendo hereditario el Condado en época que no estaba constituido así, y esto ha producido graves cuestiones cronológicas que no han podido resolverse satisfactoriamente.

Nosotros, conformes con el historiador Lafuente, opinamos que esta parte de España, puesto que así lo encontramos mas averiguado, se llamó en sus primeros tiempos Bardulia, que su denominacion de Castilla provino de los muchos castillos que en su territorio levantaban los reyes de Asturias y Leon en sus repetidas correrías por las tierras que ocupaban los moros, y que el primer conde de quien mencion hacen las historias es un Rodrigo poblador de Amaya, villa que está á nueve leguas de Burgos, que fue sin duda la primitiva metrópoli del condado.

Fuera de esto ni darémos por ciertas las exageradas aserciones de algunas crónicas, ni buscarémos los fabulosos hechos para engrandecer la memoria de un individuo que harta gloria alcanzó con legar á su hijo la soberanía del país que él empezó á gobernar como vasallo de los reyes de Leon, y que solo con su esfuerzo consiguió emancipar.

Antes de terminar este capítulo destinado á registrar la memoria de dos grandes personajes de religion distinta y de costumbres distintas tambien, debemos hacernos cargo de los últimos años de Alhakem II, que en Córdoba á la sombra de una paz bienhechora, respetado de los reyes cristianos españoles, y admirado de los extranjeros, ocupábase con la mayor escrupulosidad de las reformas y adelanto de su reino, y de la satisfaccion de sus aspiraciones literarias.

El último descendiente de los edrisitas, Alhassan, abandonando deslealmente el servicio del Califa, se unió al ejército enviado por el Fatimita Moez-ben-Ismael, y fue necesario que Alhakem enviase á Africa al wali Mohammed-ben-Alcasin diciéndole: «No volverás aquí sino muerto ó vencedor: el fin es vencer; así no seas «avaro ni mezquino en premiar á los valientes.» El general musulman supo cumplir de tal modo los deseos de su señor, que al poco tiempo, vencidos los contrarios, estaba en Córdoba prisionero, pero tratado con las mayores consideraciones, el traidor Alhassan.

Libre con esto el Califa, dedicóse con nuevo ardor á proteger las letras y en la solemne ceremonia de la jura de su hijo y sucesor Hixem, ceremonia que al decir de los historiadores árabes, se celebró con una pompa extraordinaria, leyéronse bellísimas composiciones, obras de los poetas árabes españoles, que ya tenian gran fama.

El alcázar de Córdoba era una especie de academia en la cual no eran solamente los hombres los llamados á iluminarle con esplendentes rayos de su ingenio; las mujeres ocupaban un lugar muy distinguido y Rádhige, era una gran poetisa é historiadora, Lobna estaba profundamente versada en la gramática, literatura y aritmética, Aixa era considerada por el escritor Ebu-Hayan como la primera en elocuencia y discrecion, así como en belleza y virtud; Cádiga cantaba con arrebatador acento los mismos versos que componia, Maryem era profesora de literatura en Sevilla, y otras muchas de quienes los historiadores árabes hacen grandes elogios.

Fácil es de comprender que partiendo la iniciativa del trono, los grandes habian de proteger tambien las ciencias y las artes, ilustrándose al mismo tiempo y prestando nuevo esplendor á aquella brillante corte.

Alhakem mandó hacer un empadronamiento del cual nos ocuparémos mas detenidamente al hacer el resumen general de toda esta época, merced al cual han llegado hasta nosotros noticias curiosas respecto á la poblacion árabe, á sus adelantos, su agricultura, á las rentas del Estado, y que prueban de una manera elocuente todo el interés que aquel monarca tan ilustrado tomaba por sus pueblos.

Segun los historiadores árabes los consejos que repetia siempre á su hijo Hixem eran los siguientes: «No hagas sin necesidad la guerra: manten la paz para tu ventura y la de tus pueblos; no desenvaines tu espada sino contra los malvados; ¿qué placer hay en «invadir y destruir poblaciones, arruinar estados y llevar el estrago y la muerte hasta los confines de la tierra? Conserva con paz «y justicia los pueblos, y no te deslumbren las falsas máximas de «la vanidad; sea tu justicia un lago siempre claro y puro, modera «tus ojos, pon freno al ímpetu de tus deseos, confía en Dios y llegarás al aplazado término de tus días.»

¿Quién hubiera de decir que estos consejos serian tan mal seguidos por aquel á quien se dirigian, y que tan perjudicial habia de serle su olvido!

Alhakem II, el Califa que tanto hizo por sus pueblos, que solo buscaba la paz, pues solo con ella creia que podrian ser felices, falleció en Medina Zahara á 2 de Safar del año 366 de la egira, (976 de J. C.) á los 63 años de edad.



FUGA DE BARCELONA DEL CONDE BORRELL II.

Kiera Fñitor, Barcelona, Robador, 24 y 25.